

Te veré el lunes

Te veré el lunes

Paloma Alonso González-Ruano



Editorial
Editalo  **Contigo**

Primer capítulo promocional

info@editalocontigo.es

Primera edición: diciembre, 2016
© Paloma Alonso González-Ruano 2016
pola7a@hotmail.com
© Editorial EdítaloContigo, 2016
www.editalocontigo.es
info@editalocontigo.es
ISBN: 978-84-946220-0-7

© Diseño de cubierta: Editorial EdítaloContigo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Este libro ha sido impreso con papel certificado FSC, proviene de fuentes respetuosas con la sociedad y el medio ambiente y cuenta con los requisitos necesarios para ser considerado un «libro amigo de los bosques».

*Esta novela comencé a escribirla a raíz
de la muerte de mi padre y,
aunque el desenlace no esté vinculado a su historia,
hay algo en su relato que le rinde homenaje*

La autora

Índice

Primera parte.....11

Segunda parte.....121

PRIMERA PARTE

1

En seguida llamó mi atención. Su cortesía, su timidez aparente, sus formas exquisitas, que no fuera guapo, que tuviera esa pinta tan soberbia; su delgadez, su seriedad, su indiferencia...

Coincidimos en la sala de reuniones. Él estaba sentado al fondo de la larga mesa, que era de caoba rectangular y ocupaba casi toda la estancia en la habitación donde nos citaba el director general. Releía, distraído de su entorno, un informe firmado por mí y que debía autorizar. Yo hablaba bajito con un compañero de fatigas, ambos esperábamos en la puerta a que llegara «el gran jefe». Le miraba de reojo.

Cuando pasamos dentro, procuré sentarme frente a él. Quedaban todavía dos sitios libres, uno a su vera y otro a la mía. Su lado se ocupó. El mío quedó vacío, para mi satisfacción, pudiendo abrir ampliamente la carpeta de grandes dimensiones que portaba, con siluetas y diferentes bocetos en su interior. Una vez todos sentados, expliqué los detalles de la documentación. La fui sacando de mi cartapacio... bosquejos, croquis, perfiles y contornos. Mientras, los asistentes escuchaban atentos. Intenté no dirigirme a él durante los minutos que duró mi discurso; alguna vez le miraba con rapidez y después desviaba mi atención hacia otro interlocutor. Aunque

creo que ya, desde ese día, todos mis mensajes fueron dirigidos a su persona.

Preparábamos los diseños para la ropa femenina de la nueva temporada. Se me resbaló y cayó una lámina al suelo... él se agachó de inmediato a recogerla... yo fui más veloz... hubo un cruce fulminante de miradas debajo de la mesa... y sus ojos oscuros estuvieron frente a los míos... La lámina se encontraba posada al lado de su zapato, mocasín negro, grande y brillante.

Yo debía hacer las correcciones y perfilar todos los bocetos que presentara el departamento creativo, dependiente de mí; él debía revisar el coste del lanzamiento. Se acordó en la reunión que cada semana yo tenía que pasarle nota de los gastos extras producidos y él supervisaría los presupuestos, estando así enterado de todo el proceso a realizar por nuestra área. Sin su firma, no podría ver la luz aquel proyecto.

—Os veréis los lunes —dijo Antón Losada, el director general.

Recogimos, nos levantamos y, antes de salir de la sala, escuché:

—**Te veré el lunes** —dijo él, dirigiéndose a mí.



La siguiente vez que coincidimos, finalizando ya la semana, fue debido a una pequeña incidencia para mí y una incómoda situación para él. Mi coche estaba aparcado en segunda fila y le había pedido a Felipe, el portero, que me avisara si molestaba a alguien. Trabajaba en la primera planta y estaría en la calle en un suspiro, si es que acaso fuera necesario, porque era un sitio tranquilo y sin apenas tráfico. A los pocos minutos de dar el mensaje a Felipe —reconozco que entraba

en la oficina perdida entre papeles, hablando por teléfono y saliendo a otros departamentos—, olvidé para siempre que mi coche estaba estacionado donde no correspondía y, por consiguiente, fastidiando.

—¡Leire, te están buscando desde hace un buen rato! —me avisó la compañera que me había localizado en talleres—. ¡Tu coche, molesta!

Salí zumbada. Fui a mi despacho y busqué las llaves, que no aparecían. Cuando al fin las tuve en la mano, bajé de dos en dos y a toda pastilla las escaleras. La cara de Felipe denotaba impaciencia.

—¡Te hemos buscado por todos los sitios! Lleva ese señor esperando a que le quites el coche más de quince minutos.

—¿No es el director financiero? Tiene plaza de garaje en el edificio, ¡qué ganas de acaparar y de molestar! —dije ofendida.

Me acerco a su ventanilla y, no obstante, me disculpo. Él apenas me contesta, parece enfadado. Su apariencia, entre tímida y cortés, distante desde luego, le impide soltarme algún tipo de improperio; quizás merecido.

Entro en mi coche a toda velocidad y enciendo el motor, rauda y veloz, mientras Diego Arche, que así se llama, comienza a hacer la maniobra para salir. Paro el motor, bajo el cristal, me incorporo al inclinarme sobre el asiento del copiloto y le digo: «¡Espera un segundo, por favor! No salgas todavía, voy a dar marcha atrás para quedarme en tu plaza». Su cara es de pocos amigos a estas alturas del incordio, pero permanece unos segundos pendiente de que yo aparque

apresuradamente. Como voy tan rápido, porque ya estoy nerviosa por las prisas, no calculo bien la distancia que me separa de su coche. Giro el volante, doy marcha atrás y me llevo por delante el espejo retrovisor de su flamante máquina. Paro el mío y vuelvo a salir, abriendo ahora los ojos con preocupación: «Lo siento... Lo siento... Espera. Si no tienes mucha prisa, quédate ahí; aparco encima de la acera, en la esquina mismo, y rellenamos el parte del seguro. ¡Vaya rozadura me he hecho! ¡Qué suerte, a ti solo se te ha partido el soporte del espejo!», le digo indignada.



Las casualidades de la vida, unidas a un trabajo que tuve que buscarme en verano, me llevaron a ser diseñadora de moda, especialmente femenina. Siempre había querido ser enfermera, al menos se me llenaba la boca contándoselo al médico que teníamos de vecino en el chalet de al lado de casa y que muchas mañanas —imagino que sintiendo pena por verme con cara de resignación en la parada del autobús— me recogía en su coche para dejarme cerquita del colegio. Se trataba de un hombre mayor; para mí, muy mayor. Debía rondar los cuarenta y tantos y desde mis quince años, llamándole de usted con todo respeto, le relataba que su profesión me parecía muy interesante, que cuando cursara estudios superiores sería enfermera; eso me parecía un poco más leve que ser como él, un doctor en medicina. Mi vecino sonreía mientras yo le preguntaba acerca de su hospital: cuántas plantas tenía, si había muchas enfermeras guapas, si era verdad que se liaban con doctores más guapos todavía, si tenían que ir siempre vestidas con bata blanca o por qué verde. Le preguntaba cómo era su consulta, si las paredes podía llenarlas de cuadros que le gustaran, si su sala de espera estaba bien decora-



da porque para mí era muy importante, cuando iba al médico, donde por cierto siempre tenía que esperar, entretenerme en el mobiliario o en sus citadas paredes, que solían ser blancas y sosas. Apenas le preguntaba por las dolencias de sus pacientes, debido a que me daba mucha pena que la gente estuviera enferma o que sufriera, y además me parecía infinitamente más entretenido hablar de gente sana que trabajara en el hospital y de la decoración del mismo, que de dolencias, sangre, heridas y muerte.

A pesar de ello, yo iba a ser enfermera. Me gustaba mucho estar con las personas que me necesitaran, ayudar y ser útil. Y Manuel Alonso, mi vecino, al volante de su coche, me escuchaba entretenido mientras subíamos la calle de Alcalá.

Nos encargaron un trabajo en clase. Debíamos elegir un tema libre y cumplimentarlo con un mínimo de veinte folios, ilustrados con fotografías. Le pedí a mi vecino si podía solicitar autorización para que me dejaran pasar un par de días en su hospital tomando notas y fotos.

—Claro, Leire, incluso puedes estar un rato en mi consulta y comprobar si te parece que su decoración es relajante para los pacientes —dijo sonriendo—. Te presentaré a la jefa de planta, que es una persona encantadora, y así podrás ampliar tu trabajo con cuantas preguntas se te ocurran.

Dos días metida en un hospital fueron más que suficientes para demostrarme que la enfermería no era compatible conmigo. Me descubrí *cobardica* y maniática. La profesión que tenía idealizada me pareció ingrata y dura; había que ser muy fuerte para afrontar cada día padecimientos ajenos... más el talante de los enfermos... más las actitudes de los familiares... no siempre adecuadas. Hacer una cura a aquel

paciente, limpiar con cuidado y sin manías a este otro; ver, oír el dolor... ¡Incapaz!

En cambio, las relaciones personales que en otros casos observé entre las enfermeras y los pacientes me parecieron estupendas, siendo justo eso lo único que me atrajo de todo lo que pude ver; que tuvieran oportunidad de hablar unos con otros, de animarles y ayudarles. Pero el trabajito se las traía y yo, que con el tiempo me he demostrado inepta para poner una tirita, de curar ni una pequeña herida, descubrí que allí no me iba a realizar nunca. Y, desde luego, ¡nadie se curaría en mis manos!

Manuel Alonso lo descubrió conmigo cuando, el segundo día, me pasó al Servicio de Oncología Infantil para completar mi reportaje: «Fotos no debes tomar, pero sí puedes hablar con ellos», me advirtió. «Dibujo bien, haré un boceto de la imagen general», contesté.

Semblantes blanquecinos, niños delgados, miradas tristes y... ¡sonrisa a la reportera! Esos críos, esos ojos, esas enfermedades en ocasiones irreversibles, ingratas en una infancia que no debería ser compatible con el sufrimiento; ellos, los sencillos comentarios que me hicieron sobre su estancia hospitalaria y su dolencia, me afirmaron que mi vida no podía dedicarse a ayudar a curar males. Me afectaban demasiado.

Cuando la enfermera jefe me permitió acompañarla para cambiar el suero a un señor mayor, algo tan simple y cotidiano, pude ver las sondas unidas a su cuerpo frágil por debajo de las sábanas y los pequeños tubos ensangrentados que ella cogió con naturalidad, girando unos grifos situados al final de la bolsa plástica, mientras hablaba con cariño hacia aquel hombre postrado, silencioso y ajeno. Si la mirada de los niños

me había afectado pensando en sus edades, la de este paciente me afectaba exactamente igual y por el mismo motivo. Yo, de forma inconsciente, me acercaba cada vez más a la puerta, lamentando no haber charlado con esa persona que había permitido mi presencia en su habitación y en su intimidad. «Está solo; no vienen a verle ni lo necesita. Es un hombre alegre, a pesar de saber que se encuentra en la recta final», me dijo la enfermera en un susurro y tras cerrar la puerta con cuidado. Deduje que, en vez de suponer una ayuda a los padecimientos ajenos, me habrían tenido que consolar ellos a mí.

